

consumiendo vacaciones

pone fuerzas para el retorno y aspira el aire libre de la Naturaleza antes de volver al aire de la ciudad, al aire de la represión, de la frustración. Es indispensable que así ocurra. Es indispensable esa válvula de escape sin la cual se haría intolerable el ritmo de «la vida moderna».

Esa huida es como un mecanismo de seguridad con el que la propia alienación se defiende de una autoclarificación. La caricia compensa el golpe y crea la normalización del pegar y el acariciar como un complemento normal. Esa libertad de unas horas o unos días es la que da sentido al envaramiento del cuello blanco, a la lucha lobuna por mejorar las condiciones de vida cueste lo que cueste, caiga quien caiga. Da sentido incluso a la no participación en otra dimensión de la libertad: la libertad de organizar la vida comunitaria, la libertad de limpiar el aire (cueste lo que cueste, caiga quien caiga), la libertad de disponer del suelo urbano para que crezcan casas, parques, zonas de recreo, sin las cortapisas de la especulación.

No se trata de un planteamiento interesado desde una posición ideológica radicalmente crítica. Dos hombres públicos de la España actual, en el plazo de unas semanas han evidenciado hasta qué punto son conscientes de su impotencia ante los males que se derivan de una determinada organización de la vida comunitaria. El alcalde de Madrid declaró que en algunas zonas de la capital de España el aire tiene una concentración tóxica irrespirable y que esa concentración va en aumento. El ministro de la Vivienda dijo que el país necesitaba mil viviendas diarias y que eso es imposible mientras subsiste la especulación del suelo. De sus palabras se deducía la impotencia «legal» para frenar realmente la especulación del suelo.

Pero, ¿es importante todo eso? ¿Quién da la medida de esa importancia? ¿Quién da la cara angustiada de estos hechos? No. No hay que buscarla en la estampa del burgués supermanizado que huye de toda verdad en busca de las alegres vacaciones o de la Naturaleza aparcada donde jugará a Robinson. Si es preciso, este burgués se pondrá careta antigás para caminar por la ciudad (podrá ser incluso un excelente negocio) o bien se irá a vivir a ciudades-jardines, ciudades dormitorio, paraísos de olvido.

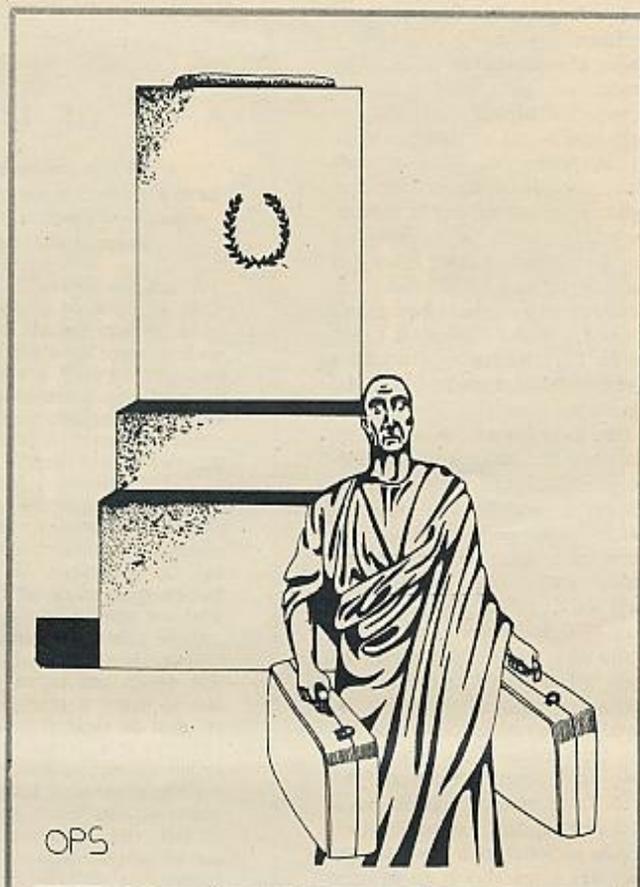
Todos estos terribles condicionamientos caen sobre el proletariado del país.

LA OTRA CARA

La mayor parte del proletariado urbano para las vacaciones en la ciudad, igual que los fines de semana. Es el que utiliza los parques, las zonas verdes, la Naturaleza inmediata, casi integrada en la ciudad. Durante las vacaciones, sus viajes se reducen a un traslado al pueblo de sus mayores, donde tiene un techo gratis y a donde llega a través de medios de transportes colectivos. Así pasan los fines de semana y las vacaciones la inmensa mayoría de los españoles de la ciudad.

Para ellos no son las autopistas ni el parque automovilístico. Para ellos no son las reformas urbanas que están convirtiendo nuestras ciudades en vastos aparcamientos y están robando, robando (en el sentido más real de la palabra), el espacio al pueblo peatón. Son ellos los que padecen el forcejeo para convertir todo un país en el paisaje propicio para una burguesía alienada y alienante. Cuando derriban un árbol es él el perdedor. Cuando se aplican esfuerzos absorbentes sobre la construcción de autopistas de peaje, en detrimento de la reforma y construcción de carreteras públicas, es él quien costea ese transporte de lujo en un país que tiene una ridícula red ferroviaria y unas lamentables soluciones al transporte urbano público.

Esa inmensa mayoría silenciosa, que no tiene rostro, que no sale en la «tele» como tal, a cuyo cargo se escriben las más aparatosas y populistas majaderías, también tiene sus compensaciones estivales. También tiene esa grasa que le permite seguir produciendo a plena satisfacción. No mucha grasa, eso ante todo. Porque también la mucha grasa puede malacostumbrar a la pieza y a cada cual la grasa que necesite. Pero, ¿acaso no puede el proletariado madrileño tomarse una limonada en cualquier chiringuito de la ciudad? ¿Quién le impide irse a tomar el aire a la Casa de Campo? Claro que si vive en Orcasitas, Villaverde, San Cristóbal



OPS



OPS